

Un recorrido necesario: La cuestión de los Movimientos Sociales Urbanos en América Latina

María Inés Hernández de Padrón¹

Resumen

El interés de este artículo es mostrar una síntesis del camino recorrido por las distintas teorías e investigaciones realizadas sobre los Movimientos Sociales Urbanos (M.S.U.) en América Latina. Se destacan los elementos más importantes del debate sobre el tema en trabajos, experiencias y estudios más recientes, que hiciera especialmente la sociología urbana Latinoamericana. En América Latina, los primeros trabajos sobre M.S.U. siguieron y se adaptaron a las conceptualizaciones realizadas para los países del llamado capitalismo avanzado, especialmente resaltan los trabajos de M. Castells, J. Lojkine, J. Borja. Esta incursión en términos de M.S.U., produjo un cambio en las proposiciones temáticas que los años sesenta se deberían en los análisis sobre la marginalidad urbana. Posteriormente la reflexión y discusión, estará marcada por el debate en torno a la caída de los modelos totalizantes y la necesidad de construir un nuevo marco, de alguna manera generalizable que explique la diversidad y la heterogeneidad de las sociedades Latinoamericanas. Destacamos en esta reflexión, el tratamiento sobre el tema de los M.S.U. en el caso venezolano.

Términos Claves: Movimientos Sociales, Venezuela, América Latina

Abstract

This article intends to show a summary of the theories and researches on M.S.U. in Latin American. The most important elements about this topic are outlined in papers and more recent studies made by the Latin American Urban Sociology.

¹ Socióloga, Magister en Administración Pública Regional Urbana (U.L.A.), D.E.A. en Sociología del Tercer Mundo (I.E.D.E.S., Universidad de París), Doctora (I.H.E.A.L. Paris III), Profesora Faces ULA Mérida.

In Latin American the first works on M.S.U. followed the conceptual frame already made for the so-called advanced capitalist countries. Works by M. Castells, J. Lojkin, and J. Borja, are specially relevant. The subject proposals began to change in most of the analysis on urban marginality back in the sixties. After this the discussion begins to focus on the fall of totalizing models and the need to build up a new frame to explain the diversity in Latin American societies in a general way. We will emphasize in this analysis the treatment of M.S.U. in Venezuela.

Key words: Venezuela, Latin American, Social Movements

Introducción

Los cambios en los paradigmas interpretativos sobre la noción de M.S.U., constituyen un tema recurrente en la sociología latinoamericana de los últimos años. Existe una vasta literatura sobre el tema y un número importante de trabajos de investigación, ricos en creatividad, tanto por sus resultados empíricos, como por sus análisis interpretativos, que hacen pensar, que el tema de los movimientos sociales está presente en América Latina.

De hecho, se mantiene la necesidad de construir un esquema interpretativo, en torno a la cuestión de los M.S.U., sobre todo en el momento actual donde pareciera haber un reflujó o etapa autocentrada de los movimientos. En todo caso, los estudios sobre M.S.U. no tienen hoy día el mismo vigor que en el pasado reciente cuando despertaron entusiasmo en casi todos los países de América Latina. En fin, los M.S.U. parecen estar quedando en el pasado, y a decir de algunos autores, «fuera de moda».

Pero lo cierto es, que no se trata de estar o no fuera de moda, el problema de la interpretación y conceptualización de la acción colectiva, llamada M.S.U., resta inacabada, bien porque ellos no existieron como tales, como señala A. Touraine : «No se puede hablar de movimientos sociales urbanos, como sí, a partir de los barrios más desfavorecidos se desarrollan luchas sociales capaz de elevarse a un nivel político» (A. Touraine, 1985); o bien, porque la validez de los M.S.U., tal como fue aplicada a diferentes tipos de acción: luchas urbanas, movilizaciones de invasión, organización comunitaria, revueltas urbanas, etc., ha confrontado dificultades a nivel teórico no logrando ser una noción de consenso perdurable, y además, de difícil sustentación.

La noción de los M.S.U., al confrontar problemas de orden teórico, ha venido a ser mucho menos evidente en la investigación urbana latinoamericana, «la existencia de movimientos sociales de cuño urbano constituye una hipótesis de difícil sustentación teórica y empírica en los avances y retrocesos de la historia de Brasil reciente» (L. Kowaric, 1990: 188). Pero además, se hace menos evidente desde el punto de vista empírico frente a la crisis económica de los últimos años que induce a ciertos reflujos de la acción colectiva organizada y más hacia las acciones de carácter espontáneo, tales como la revuelta urbana y los motines.

El problema no está entonces en cómo se han realizado las distintas interpretaciones, o en la validez de construir una definición perdurable de M.S.U., sino más bien, que al hacer una lectura de la evolución e impacto de las luchas urbanas, se confronta el problema del análisis sociológico en América Latina en donde: «los actores sociales parecen subordinados al juego político y donde lo esencial de la vida social reposa sobre relaciones complejas entre actores que no parecen tener un proyecto propio de capacidad autónoma de dirección». (E. Henry et C. Sachs:1991).

La presencia y conceptualización de los M.S.U., nace y se desarrolla de manera diferente en los distintos países del continente. También se constata la aparición de ciertos objetos teóricos de consenso y de divergencia en cuanto a la interpretación de los M.S.U. que ha dado lugar a un importante debate (E. Henry, 1991; L. Kowarick, 1992; J. L. Coraggio, 1992). La reflexión en términos de M.S.U. en América Latina, produjo un cambio en las proposiciones temáticas a las que hasta 1960 se debatían en los análisis sobre la marginalidad urbana (Germani, 1992; A. Quijano, 1970; Desal, 1960).

En los años 60, el período de la euforia de la industrialización por sustitución de importaciones, mostró que las nuevas realidades urbanas eran procesos inéditos; las movilizaciones eran interpretadas dentro de parámetros generalizadores que indicaban las teorías dominantes (escuela culturalista; escuela funcionalista; escuela marxista de la dependencia). Pasado los años 60, las políticas modernizadoras-industrializantes se imponen, las ciudades se convierten en el lugar privilegiado para la confrontación entre el Estado y los llamados M.S.U., capaces de transformar la dinámica urbana. La evolución de estos procesos dentro del campo cognitivo se mueve hacia una explicación de la acción colectiva en términos de relación de actores dentro del proceso de lucha de clases (Castells, 1972).

El camino recorrido por la noción de M.S.U., mostró en primer lugar, una visión crítica de las ciudades latinoamericanas frente a las teorías anteriores; en segundo lugar, algunos desaciertos teóricos frente a la realidad misma que mostraba una multiplicidad de formas en la acción difícil de caracterizar.

Presentar este recorrido aunque sea en sus elementos más genéricos constituye para nosotros investigadores de lo urbano, un punto de reflexión. Ello representa el objeto central de este artículo.

De la marginalidad a los movimientos sociales urbanos (M.S.U.)

Hacia finales de los años sesenta y principio de los años setenta, los conflictos urbanos se aceleran y las movilizaciones de los sectores populares por la tierra y la vivienda, serán a partir de este momento, el centro de atención de los problemas urbanos. Las ciudades latinoamericana-

nas, los barrios populares y sus movilizaciones, pasan a constituir entonces, el campo propicio para iniciar un cambio teórico que pone en cuestionamiento los análisis, que sobre la marginalidad urbana, se habían realizado hasta ese momento en América Latina.

La nueva reflexión teórica sobre la acción colectiva de los sectores llamados marginales, va a promover la presencia de un actor social: los «Movimientos Sociales Urbanos». El análisis nace dentro del marco de las interpretaciones del paradigma marxista que orientó las investigaciones sobre luchas urbanas y M.S.U., en países europeos. Las nociones y esquemas interpretativos realizados, fundamentalmente por Castells y Lojkin sobre movimientos sociales urbanos, fueron reproducidas en la mayoría de los trabajos sobre las movilizaciones urbanas que se daban en las ciudades latinoamericanas. Se adoptó un cuadro analítico en el cual la reflexión tenía como centro las nuevas contradicciones del capitalismo monopólico; las así llamadas contradicciones urbanas de la ciudad capitalista, generarían el surgimiento de luchas sociales que irían a producir una polarización entre M.S.U. y Estado. Las luchas urbanas aparecen desde el principio, con un carácter político, y siendo en sí mismas, portadoras de contenido transformador. Se produce así, una politización de lo cotidiano como producto de la acción contradictoria del Estado.

Si bien, esta interpretación ha sido por lo demás, ampliamente debatida y cuestionada, no menos cierto es, que debemos reconocer que a partir de los trabajos sobre el movimiento de pobladores, en el caso de Chile (Castells, 1972) y sobre los barrios de Lima (E. Henry, 1974) dentro de una interpretación de movimiento social urbano, condujo a un cambio en los análisis sobre los sectores populares urbanos. Provocando una revisión en la teoría de la marginalidad hasta el momento implantada en América Latina. «Tales enfoques rompen con la visión de un pueblo amorfo y fácilmente cooptado incapaz de tener un papel en la arena política...» (L. Kowaric, 1990, p.188). Un cambio de óptica se produce, más que de anomia se habla ahora de defensa comunitaria; más que de desorganización, se razona en términos de capacidad organizacional; en lugar de demandas se habla de reivindicaciones dirigidas hacia el Estado y ya no se piensa en términos de ambivalencia sino de conciencia de clase (E. Henry y C. Sachs, 1991)

De hecho, buena parte de los estudios que se hicieron en América Latina sobre M.S.U., en los años 70 se fundamentaron sobre la idea de las llamadas contradicciones urbanas, entendidas éstas, como secundarias pero no por ello desprovistas de contenido de clase. Dentro de esta interpretación se afirmaba la existencia de un actor social, los M.S.U., los cuales tendían a mostrar la participación en las capas populares urbanas, en los conflictos de clase y en la dinámica del cambio social. Entendiéndose los «movimientos sociales urbanos» como «...aquellos movimientos

que por su desarrollo y su presencia política, así como por los objetivos transformadores y las prácticas que impulsan, pueden alterar procesos implícitos en la lógica capitalista del desarrollo urbano que afecta más directamente a los sectores populares» (Castells, 1974).

De esta manera, las movilizaciones urbanas expresan los intereses de los habitantes de los barrios populares de un semi-proletariado y pequeña burguesía. Esta base territorial fundamentalmente popular-proletaria, hace emerger acciones protestatarias (acentuadas éstas por las contradicciones del Estado capitalista) enfrentadas al Estado. Se postula así, la emergencia de un nuevo actor urbano susceptible de intervenir en la escena política. Esta interpretación de M.S.U. va a estar ligada a una voluntad política, a una «estrategia revolucionaria que vio en los movimientos de pobladores un hiper-proletariado capaz de acciones radicales y transformadoras» (A. Touraine, 1988: 242).

Sobre este plan de análisis se van a desarrollar la mayoría de los primeros trabajos sobre las movilizaciones urbanas en América Latina. De manera diferente, con mayor o menor impulso de acuerdo a la coyuntura, uno encuentra cómo en casi todos los países latinoamericanos (Chile, Perú, México, Brasil, Venezuela), existe una gran influencia de los esquemas interpretativos, particularmente del modelo teórico propuesto por M. Castells, J. Lojkine y J. Borjas.

No se trata ahora, después de constatadas las limitaciones del modelo, de negar la importancia de estos estudios, sería un gran error intelectual puesto que ellos mismos nos permiten avanzar en la reflexión sobre los movimientos sociales que se ha hecho en la región en los últimos años. Ni mucho menos, por una cuestión de moda, borrar del pensamiento crítico latinoamericano, todo aquello que se parezca o tenga que ver con el marxismo.

La reflexión y la crítica se orientan fundamentalmente hacia aquellos problemas de orden teórico-metodológico, entre otros, la manera como se trasladó y se interpretó la categoría M.S.U. propuesta por los análisis marxistas europeos de la época, hacia el contexto latinoamericano. Uno se interroga sobre la validez de categorizar con la etiqueta de M.S.U., las distintas acciones colectivas de carácter urbano que se han desarrollado en nuestras ciudades.

Algunos trabajos llaman la atención sobre la manera mecánica del cómo se adopta el modelo en el estudio de las movilizaciones y las luchas urbanas en América Latina. La cuestión de la pertinencia en el uso de un marco teórico fundado principalmente por trabajos cuya base analítica estaba referida al contexto del capitalismo avanzado, si bien constituye una reflexión obligada la forma como se incorporó, hacia perder de vista las especificidades de contextos históricos diferenciados y caer en un formalismo economicista donde el peso mayor recaía en las explicaciones macro-estructurales. « En la medida que los movimientos urbanos se

asientan sobre las contradicciones que son universales al interior del sistema capitalista, existen diferencias históricas tolerables en el abordaje de la problemática urbana en contextos sociales diferenciados» (P. Jacobi, 1987: 8).

Como acertadamente señala L. Kowarick (1990), el problema de las condiciones estructurales no deben ser despreciadas, pero ellas apenas representan el telón de fondo en el análisis de las luchas urbanas. El problema está en la transposición mecánica e instrumental sin las mediciones necesarias que existen entre las contradicciones-siempre presentes-y la acción colectiva. La existencia de contradicciones urbanas no representa necesariamente la emergencia de movimientos sociales, la relación que se establece entre carencia y la construcción de una demanda o reivindicación, no es lineal y en dicha relación se establecen elementos mediatizadores (P. Jacobi, 1987).

Esta interpretación externa que se hizo de los movimientos urbanos, en la cual se privilegia el análisis de la estructura y donde la acción del sujeto estaba predeterminada, no logró una definición consensual perdurable y las experiencias empíricas van a conducir a los investigadores a que estas definiciones globalizantes deban ser evaluadas.

El otro problema, que aparece en la reflexión crítica refiere a la cuestión del cambio social y político. En los primeros análisis se estaba convencido de la capacidad transformadora de las luchas urbanas, lo que A. Touraine llama la «ilusión revolucionaria». Este convencimiento estaba ligado a una voluntad política y de estrategia revolucionaria del cambio social, que buscaba diferenciar a los movimientos urbanos del movimiento obrero o del movimiento campesino, otorgándole a las capas populares urbanas, a los «pobladores» un espacio autónomo de conciencia de clase.

Sobre ese plan de análisis muchos trabajos se interrogan sobre la capacidad transformadora de las capas populares así como también sobre la consistencia y autonomía de esos movimientos. La experiencia empírica comienza a demostrar que esos movimientos de base urbana no movilizan a la población por una lucha más global y que se mantienen en la esfera de las reivindicaciones. R. Cardoso sostiene que para el caso de Brasil esos movimientos urbanos, negocian más fácilmente con el Estado «su discurso apunta al Estado como enemigo más también como interlocutor con el cual se pretende negociar las reivindicaciones inmediatas» (R. Cardoso, 1988: 368).

De hecho, aunque la base social de los movimientos urbanos encierre o implique en su valoración alguna noción de transformación social, estos no se orientan predominantemente a un cambio en el sistema político-social, sino que más bien se centran en la defensa de los derechos mínimos de la ciudadanía (Bocci y Valladares, 1983).

Más recientemente los trabajos de E. Tironi, E. Valenzuela y F. Dubet (1989) sobre los pobladores, para el caso chileno, concluyen en la poca

capacidad de las capas populares en organizarse en una acción colectiva que conduzca a un nivel elevado de acción. En el caso de los pobladores señala Touraine, que se trata de una segmentación de la acción colectiva entre dos actos de defensa que se apoyan sobre una fuerte conciencia comunitaria y una capacidad de acción ofensiva que es débil. Dentro de esta reflexión, Touraine concluye que es un error ver en esas conductas el germen de una acción propiamente revolucionaria, como también es un error ver en ellas la simple expresión de conductas de desorganización social o anómia versus delincuencia (A. Touraine, 1988).

Uno observa que estos movimientos urbanos, entendidos éstos como las variadas formas de acción llevadas a cabo por los sectores populares urbanos, alrededor del problema de la tierra, de la vivienda y de los bienes de consumo colectivos, en su mayoría son movimientos territoriales circunscritos a lo local y que muy raramente, se generalizan. También podríamos agregar, que las luchas urbanas juegan un rol coyuntural importante que en la mayoría de los casos, contribuyen con su presencia o su influencia, a cambios en las relaciones y estrategias políticas en su sentido más amplio.

A finales de los años 70, al lado de las clásicas reivindicaciones urbanas por la tierra y la vivienda, esos movimientos de base comienzan a expresarse en otros dominios: la salud, la educación, la recreación, el ambiente, etc., es decir, la demanda se amplía y hace entrar a los movimientos en una acción más dinámica y diversificada. Lo local se valoriza y las organizaciones de base aparecen como instancias de expresión de una identidad local. El análisis se desplaza ahora al interior del movimiento y se coloca el acento sobre las variables socio-culturales y sobre los mecanismos internos de solidaridad.

De los Movimientos Sociales Urbanos a los Nuevos Movimientos Sociales

A principio de los años 80, la diversidad y la emergencia de importantes movilizaciones y luchas sociales, van a estar estrechamente vinculadas a dos procesos concomitantes y paradójicos, ellos son, la crisis que vive la región desde finales de los años 70 y, los procesos de apertura democrática y de democratización que tienen lugar en el continente Latinoamericano. Ambos procesos, irán acompañados de un número significativo de movilizaciones sociales, particularmente de categorías urbanas y también de otras como el de las mujeres, estudiantes, jóvenes y otros grupos sociales que exigen y demandan cambios en las condiciones de vida y en las tradicionales estructuras socio políticas de las sociedades latinoamericanas.

Estas movilizaciones fueron en una gran mayoría, menos controladas por los partidos políticos que en el pasado. Los movimientos se

plantean la necesidad de separarse de las prácticas partidistas y desde esta lógica construyen nuevas formas de identidad y conflictualidad. Es el caso del movimiento vecinal en Caracas, que se autodefine como movimiento autónomo e independiente de los partidos políticos y sus luchas se orientan hacia la construcción de una identidad vecinal. Es el caso también de otros movimientos de carácter urbano que se suceden a principio de los 80 en otros países de América Latina: el vecinazo en Argentina, el movimiento pro-vivienda decorosa en Uruguay, las acciones de las juntas vecinales en Bolivia, el caso de las protestas de los jóvenes pobladores en Chile, los movimientos de moradores y organizaciones cristianas de base en Brasil, entre otros.

La gran mayoría de estos movimientos constituían una nueva práctica en la medida que buscaban separarse de los políticos profesionales como intermediarios, creando un escenario que llamaba al reconocimiento de una cierta autonomía. La construcción de nuevas identidades, el llamado a la autonomía, condujo a los investigadores a categorizarlos como «nuevos movimientos sociales». Los análisis realizados a principio de los años 80 demuestran la existencia de acciones colectivas diversas y múltiples que hablan de la emergencia de nuevos actores sociopolíticos. Los nuevos abordajes intentan revelar sobre todo las características de autonomía de los movimientos y como ésta se va a constituir como expresión de la crisis del sistema de partido, en tanto que canales de representación de intereses. Se remarca también en los análisis las prácticas democratizantes que fueron consideradas como una nueva manera de hacer política. (E. Tilman, 1985).

Estas características fueron de alguna manera puestas en cuestionamiento en el transcurso de los desenvolvimientos democráticos, en el cual los comportamientos asociativos debían afrontar una nueva realidad: la transición a la democracia y la puesta en marcha de un modelo neoliberal en la región.

La experiencia vivida por los movimientos de base en el transcurso de los años 80, no deja de reconocer el importante rol desempeñado por éstos en los procesos de democratización, pero también se constata, que estos movimientos mantuvieron su relación con el Estado y con los partidos políticos. Es aquí, donde uno se interroga sobre la autonomía de los movimientos sobre las nuevas prácticas o si es que los nuevos movimientos proponen cambios en la relación con los partidos políticos o con el Estado.

Muchos análisis sostienen que en la diversidad y multiplicidad de estos nuevos movimientos se estaría conformando un amplio panorama que de cierta manera, rompe con las concepciones totalizantes y excluyentes que han prefigurado los análisis de la sociedades latinoamericanas. Sostienen además, que en estos nuevos espacios de resistencia, peque-

ños y cotidianos, comienzan a emerger valores y formas sociales colectivas de autogobierno y de solidaridad que están en la posibilidad de reconstruir el sistema de oposición, y de alguna manera, pueden viabilizar la reconstrucción de sujeto histórico (F. Calderón, 1986).

Después de la perspectiva de los movimientos sociales urbanos, dentro del paradigma de los años 70, los análisis en una segunda etapa, se dirigen a abordar el tema desde una perspectiva que hace hincapié en variables socio-culturales y se interesa mucho más en mirar al interior de los movimientos. Son los problemas sobre la identidad, la vida cotidiana, los mecanismos de solidaridad, la democracia de base, etc., donde se centra la preocupación mucho más, que sobre el plan material y económico sin que éstos pierdan su importancia (Jelin, E., 1987).

Una de las reflexiones clásicas más importantes en relación a los movimientos sociales en América Latina que privilegia el análisis de los componentes culturales, es la de E. Tilman (1985). Éste nos propone una mirada más profunda hacia el interior de los movimientos, que tiene que ver con las prácticas culturales y con las nuevas relaciones sociales que se establecen que son menos jerarquizadas y más socializadas que en el pasado, y que van creando un estilo diferente en las relaciones que se dan en la vida cotidiana. Evers plantea que estas nuevas formas de relación que se van produciendo en los pequeños espacios, constituyen una «contra-cultura» donde el resultado, no se aprecia sino a largo plazo. Lo nuevo de estos movimientos se encuentra en la creación de pequeños espacios en el sentido de nuevas formas de hacer política.

De hecho los nuevos movimientos de base de tipo comunitario han ido cambiando las relaciones de la vida diaria, poniendo el acento sobre las prácticas de solidaridad y de autogestión que en el pasado habían sido menos visibles, en donde el debate político y general dominaba la escena social. La interrogante que surge de inmediato, como lo señala Jelin, es si se trata de una nueva realidad o si la vida social siempre fue así, y sólo nosotros, ciegos por el peso de los paradigmas dominantes no la estábamos viendo (Jelin, E., 1985).

Esta mirada al interior de los movimientos condujo y produjo una serie de trabajos de corte culturalista, desprendidos de cualquiera atadura estructural, así se hipervalorizó, y casi se mitificó, el quehacer de la vida cotidiana. Los análisis se detienen en la lucha del día a día, el detallamiento de los modos de vida, de las estrategias de sobrevivencia etc.: «Los análisis ennoblecen la participación en asambleas interminables, donde la mejor solución es la que más se discute. El grupo de madres, los jóvenes, los vecinos, la asociación de barrios, pasa a hacer el ámbito privilegiado de una concepción democrática que tiende a rechazar las formas de representación política y participación social que sobrepasen el ensimismamiento del horizonte local: es ahí que nacerían los gérmenes que van a transformar a la sociedad y el Estado» (L. Kowarick, 1992: 20).

No se trata de desconocer los aspectos socio-culturales, las estrategias de sobrevivencia, la solidaridad comunitaria etc., constituyen todas ellas prácticas importantes y son fundamentales en la vida cotidiana de gran parte de nuestra población. Ciertamente, las acciones en la construcción de una identidad constituye un proceso significativo en la creación de nuevas relaciones sociales a nivel de lo cotidiano, a nivel territorial, pero a esos procesos uno no puede reservar el nombre de movimiento social en el sentido planteado por A. Touraine de actores colectivos comprometidos en un conflicto por la utilización social de los principales recursos de una cultura (A. Touraine, 1988).

Otro elemento a señalar dentro de la discusión sobre los movimientos sociales de carácter urbano en América Latina, se refiere a la cuestión de los «agentes externos». Una gran mayoría de los trabajos minimizan el papel de éstos en contraposición hacia una tendencia que sobrevaloriza la espontaneidad de las movilizaciones, en preservación del rol autónomo de los movimientos. Los agentes externos, como lo señala P. Jacobi, juegan un rol importante de orientadores de motivaciones básicamente ideológicas. Otros autores, también remarcan el significado de estos mediadores: «El rol de las instituciones mediadoras devienen más claras, en la medida donde la Iglesia, el partido o las organizaciones externas a los movimientos aportan los elementos de una conciencia crítica». (Mainwaring, 1987: 140).

Recientemente las interpretaciones tratan de separarse de los presupuestos teóricos que giran sobre los axes del rol transformador de los movimientos sociales, al menos en el sentido de sujeto totalizante (en la concepción marxista). Dichas interpretaciones buscan comprender las relaciones e interacciones que se establecen entre los movimientos y los otros actores socio-políticos y detectar los cambios producidos por esas interacciones en los dos tipos de actores (Gómez, L., 1992). Los movimientos sociales y el Estado no aparecen más aquí como dos polos opuestos e incompatibles pero sí como actores que se transforman mutuamente «...ambos actores se transforman en el proceso definido por la concomitancia entre demandas populares y priorización de ciertas políticas sociales en contextos específicos». (P. Jacobi, 1987: 14).

Finalmente, uno observa que existen ciertos problemas cruciales al tratar la cuestión sobre la acción colectiva en América Latina, en particular, a saber: la relación entre movimiento de base, estructuras partidistas y Estado; el papel de los agentes externos y la formación de identidades culturales y políticas. Ello nos permite interrogarnos sobre cuáles serían los elementos en torno a los que se construye la identidad, el contenido cultural y ético de los movimientos de base urbana, sobre el papel de los intermediarios (partidos, iglesia, profesionales etc.), las características de sus líderes (mujeres, jóvenes, militantes, etc.) y en particular, uno se interroga sobre contribución política de estos movimientos.

Ahora bien, tendríamos que remarcar que el problema varía de una coyuntura política a otra, de las diferencias de un país a otro, según los ritmos nacionales, regionales y locales que evidentemente generan una diversidad de contextos y variaciones políticas. Que hacen difícil construir un cuerpo analítico generalizable y mucho menos, llegar a conclusiones inductivas incontestables.

Sin embargo, se podría constatar que la crisis, factor coyuntural, generalizable para toda la región, aceleró a finales de los años sesenta y principio de los ochenta, la emergencia de una multiplicidad de movimientos sobre todo de carácter urbano, así como también la acentuación de la crisis de los últimos años ha provocado acciones colectivas más autocentradas en las necesidades de sobrevivencia combinadas con acciones menos organizadas de violencia urbana. Esas tendencias permiten explicar la profunda ambivalencia de los movimientos urbanos actuales: entre la revuelta contra la exclusión y la afirmación de los derechos sociales; entre la participación comunitaria y los motines urbanos «...esta ambivalencia muestra la dificultad que tienen los sectores populares urbanos en definir una capacidad de acción autónoma, en definir su identidad que pueda poner ante todo su potencial que las debilidad, la capacidad de acción antes que el repliegue, la autonomía antes que la dependencia» (E. Herry y C. Sachs, 1991: 55).

El tema de los Movimientos Sociales Urbanos en Venezuela

Las reflexiones anteriores, a pesar de su carácter general, intentan ofrecer una visión de la complejidad del problema tratado. Su constatación dependerá de un análisis exhaustivo en estricta correspondencia con las particularidades económicas sociales y políticas que cada país presenta en su devenir histórico. De allí que, profundizar en el estado de la cuestión de los M.S.U. en el caso venezolano, se convierte en una necesidad impostergable.

Al hablar de los M.S.U. o en general, de los M.S. en Venezuela, nos enfrentamos a un complejo analítico nada fácil de aclarar. En primer lugar, Venezuela cambia en pocos años su posición relativa en el continente. De un país reconocido como rico, con una de las democracias más estables de América Latina, en términos de pluralismo ideológico, de continuidad institucional y rareza de movimientos con participación de actores distintos a los establecidos por el juego democrático, se convierte en menos de una década, en un país de una gran inestabilidad. Surgen graves problemas sociales: se incrementan de manera alarmante los niveles de pobreza crítica; las amenazas de golpes de Estado proliferan (4 de febrero y 27 de noviembre de 1992) y las manifestaciones popularesc (27 de febrero de 1989) adquieren un carácter explosivo sin que pueda considerárseles sin

embargo, estrictamente, como movimientos sociales dado su carácter explosivo y espontáneo, así como su falta de estructuración.

Sin embargo, este proceso de cambio acelerado, induce a estudios más detallados en términos de «acción colectiva». La atención del pensamiento social crítico se va a orientar hacia la revisión de estos procesos en un intento por encontrar las explicaciones pertinentes a los mismos.

Por otra parte, dentro de este contexto, surge la posibilidad de que se constituyan nuevos actores sociales que luchan por la consecución de espacios, hasta ahora controlados por los actores tradicionales. Estos procesos, que comienzan a aparecer hacia finales de los 70, son en sí mismos, producto de la modernización, reacomodo y reestructuración de un modelo de desarrollo y sistema socio-político que entra en una fase de agotamiento. Emergen y se mueven dentro de una coyuntura de crisis. Se insertan en una redefinición de las relaciones partido-Estado y sociedad civil que los hace difíciles de decifrar, no sólo por las condiciones que impone la crisis, sino también por la misma heterogeneidad y diversidad de los propios movimientos en su conjunto.

Una breve reseña histórica sobre la problemática en Venezuela

A mediados de los años 70, los autores marxistas, Castells, Lefebvre y Lojkin, ejercen una fuerte influencia en los análisis que tienden a explicar los problemas urbanos. Estos análisis, imprimen un nuevo rumbo, tanto en la temática como en la reflexión, frente a los análisis tradicionales de los años 50 y 60, centrados en los procesos de urbanización y su patología representada en la marginalidad. Los nuevos trabajos de orientación marxista-estructuralista buscan dar una explicación a los problemas urbanos poniendo el énfasis en la estructura urbana en donde se privilegia el papel del Estado. Abundan los estudios sobre políticas de vivienda, renta del suelo urbano y la acción colectiva explicada como reproducción de la fuerza de trabajo versus los bienes de consumo colectivo. «La especificidad de la estructura urbana de Caracas, su formación en tanto que estructura económica, relacionada y determinada por el petróleo, y la injerencias del Estado, hacen que aquella sea caracterizada por una reproducción incompleta de la fuerza de trabajo en términos del consumo colectivo...un análisis de la estructura urbana, de la reproducción de las relaciones sociales, de la acentuación de los problemas urbanos, debe tener en cuenta la variable, que a nuestro modo de ver, resulta ser la más pertinente para interpretar el fenómeno, es decir, la segregación urbana». (Sánchez, M., 1982: 295).

Muchos estudios e investigaciones se dirigen hacia ese objetivo en diferentes grados de profundidad. El estudio de las políticas del Estado como tema preponderante, fue acompañado por investigaciones sobre

con orientaciones socio-políticas que abren nuevos temas donde el eje central pasa a ser la Democracia.

Tal situación produce un desplazamiento del objeto teórico, de las políticas puntuales de lo urbano al ámbito socio-político y a la apertura de lo simbólico cultural, al decir de algunos autores, nuevas temáticas que definen «Nuevos Movimientos Sociales» (De La Cruz, 1985; Uribe, 1987/91; Gómez, 1987; N. Barrio, 1987).

Las mismas condiciones socio-políticas y socio-históricas de Venezuela van a generar que los llamados «Nuevos Movimientos Sociales» no hayan tenido la misma euforia en número e impacto social como si ocurrió en otros países del continente donde las dictaduras produjeron su opuesto contestatario en la lucha por una apertura democrática.

Los nuevos análisis de principio y mediados de la década de los 80 tienen su anclaje teórico fundamental en Habermas, Laclau, Melluci y Touraine. En ellos, uno de los principios que rige la consideración categorial de M.S. es su capacidad de cambio en el sistema político (A. Melluci); cambio del modelo cultural (A. Touraine) y la creación de un ámbito de lo político a partir de lo simbólico-cultural (J. Habermas).

A mediados de los 80, los trabajos sobre el tema de los Nuevos Movimientos Sociales (N.M.S.) se encaminan como señala G. Uribe «a pesar en la complejidad del terreno simbólico-cultural... hacia la diversidad de explorar la significación que en Venezuela viene adquiriendo, lo que podríamos denominar, un nuevo ámbito de la política, asociado a la problemática de los nuevos movimientos sociales... no es sólo racionalidad comunicativa sino más bien su efecto y alcance propiamente político lo que emerge como objeto de análisis» (G. Uribe y L. Lander, 1991: 77-78)

Los autores que trabajan el tema de los llamados N.M.S., se detienen a considerar las insidencias y significado que en particular han tenido los movimientos ambientalistas, el movimiento vecinal y organizaciones Cristianas de Base dentro del conjunto de transformaciones que se vienen produciendo en el sistema político venezolano que había contado hasta hace muy poco con una fuerte legitimidad (De La Cruz, 1985; L. Gómez, 1987; Salamanca, 1987; P. García, 1991; Uribe y Lander, 1991). Ante la crisis del modelo revolucionario y el agotamiento del Estado de Bienestar, no es menos cierto que los así llamados N.M.S. pueden llegar a jugar un papel como nuevo sujeto de cambio de la sociedad. Dentro de esta premisa se orienta entre otros, el trabajo coordinado por P. García sobre los movimientos ambientalistas en Venezuela y el de M. Sánchez sobre los jóvenes en el ámbito de los barrios populares de Caracas.

Frente a la crisis económica que vive el país y la pérdida de legitimidad de los grandes partidos que sustenta nuestra democracia, estos movimientos pueden ser portadores de M.S. en la medida que se enfrenta a un estilo de desarrollo y van prefigurando dentro de su ámbito un nuevo modelo cultural.

Estos trabajos dan fe de la crisis política que vive el país, ellos se interrogan sobre el futuro de nuestra democracia, y muestran una inadecuación entre el Estado y la sociedad civil. El Estado venezolano se muestra incapáz y con muy pocos recursos para enfrentar los cambios en el tejido de la sociedad civil, diferente a los años de inicio del régimen democrático en 1958: «Actores mucho más activos que no se sienten satisfechos con los mecanismos limitados y poco participativos de representación y de decisiones políticas que son la norma» (L. Gómez, 1992: 2).

En fin, esos «nuevos» sujetos sociales no han dejado de expresarse en la última década, con diversos niveles de fuerza y de coherencia, pero sí en un sentido claramente discernible, «...exigencias de espacios de autonomía y de ingerencia en las decisiones que le conciernen frente a los partidos políticos y el Estado que ellos perciben como desestimulador de la acción autónoma para su penetración y control de las organizaciones de la sociedad civil (L. Gómez, 1992: 2).

Una de las conclusiones más interesantes a las que llegan estos trabajos, y que anteriormente señalábamos como uno de los elementos o puntos a evaluar en el análisis de la acción colectiva en América Latina, es la relación entre los movimientos y el Estado no como opuestos sino entendiendo como en dicha relación ambos actores se transforman. Al decir de L. Gómez el problema central es comprender como en la interacción entre el sistema político establecido y las «organizaciones civiles autónomas», se transforman los términos de la relación creando, por decirlo así, «nuevos sujetos»: «...de una parte, actores que deben ser tomados en cuenta por el sistema político y de la otra, un sistema político modificado en su esencia donde el reconocimiento de nuevas demandas y actores implicados modifiquen las reglas del juego establecido (L. Gómez, 1992: 6). Finalmente, estos trabajos en el marco de los N.M.S. no parten a priori de la existencia de M.S. constituidos sino que indágan, dentro de la diversidad de movimientos y organizaciones civiles, en torno a la posibilidad de que éstos se conviertan en nuevos sujetos sociales portadores de historicidad.

A finales de los ochenta (1989) se constata una profundización de la crisis; Venezuela se sumerge en una coyuntura de inestabilidad política que pareciera aún no superadas las amenazas de golpe de Estado aun realizadas las elecciones presidenciales en el pasado diciembre de 1993. En Venezuela, desde 1980, se ha ido produciendo un cuadro de descomposición general del sistema político y de la sociedad que se detecta en un malestar popular también creciente, en donde la revuelta de 1989 es uno de los signos espectaculares de advertencia. La acentuación de la crisis ha provocado que los movimientos se orienten más a acciones autocentradas, al interior del barrio, la comunidad; acciones colectivas organizadas dirigidas más, a) las necesidades más urgentes, las llamadas «estrategias de sobrevivencia»; b) de autogestión en el ámbito de la

vivienda y los servicios, cooperativas de consumo, mercados populares etc.; c) de auto defensa y protección ante los riesgos de inseguridad provocado por la delincuencia. Estas son entre otras, el tipo de acciones autocentrada de los últimos años, combinadas con acciones anárquicas de explosión urbana que muestran la ambivalencia de los movimientos urbanos actuales. Pero, a pesar de ello, en algunos trabajos sobre el movimiento vecinal, muestra la necesidad de participación de estos movimientos en las instancias al poder local.

Podríamos afirmar que a partir de los ochenta, en Venezuela se comienza a abrir el abanico de la acción colectiva dentro de esa nebulosa que se mueve entre la sociedad civil y el Estado y dentro de una diversidad y heterogeneidad.

No es posible pensar la contemporaneidad y la crisis de América Latina sin descubrir las lógicas de acción que mueven a los actores sociales y políticos dentro de este proceso de cambio, que incita, a pesar de lo ya señalado en cuanto al problema teórico de indefinición conceptual de estos movimientos, a continuar dando cuenta de estos procesos, de su multiplicidad, de la unidad en la heterogeneidad que conduce a orientar los análisis y las reflexiones teóricas en torno a lo nuevo que ellos comportan en el marco de una sociología de la Acción Colectiva.

Conclusiones

Las distintas interpretaciones y la reflexión crítica a la que hemos hecho referencia anteriormente, más que conceptualizaciones acabadas abrieron el campo de la discusión sobre la problemática de los Movimientos Sociales en América Latina. La discusión, los trabajos y las experiencias ocurren en un momento donde los cuadros analíticos globalizantes y de las conceptualizaciones puras no son tan evidentes. La llamada «crisis de los paradigmas» dejó ver la necesidad de construcción de un nuevo marco conceptual que de cuenta de la especificidad, heterogeneidad y complejidad de las sociedades latinoamericanas. (F. Calderón, 1987; E. Jelin, 1987; L. Kowarick, 1992). En consecuencia, se desprende de esos estudios un alto nivel de cuestionamiento en el marco de las teorías globalizantes y las nuevas interpretaciones no se insertan más en un marco teórico unitario.

Lo anterior significa que debemos afrontar este obstáculo, en nuestra investigación es bastante modesta en ese sentido, lo cual no significa que el problema teórico se descarte o sea abandonado, por el contrario está en el fondo de la reflexión de esta tesis y el estudio de caso demuestra esta preocupación. Por otra parte, estas nuevas organizaciones llamadas Asociaciones de Vecinos y luchas urbanas estudiadas por nosotros, que comunmente se asociaron a la noción de Movimiento Social Urbano, expresan multiplicidad de lógicas de acción y demuestran que la

acción colectiva no sigue un camino predeterminado, ella refleja una realidad más compleja, que no puede ser interpretadas bajo una forma y un concepto unitario teóricamente.

La reflexión sobre la categoría M.S.U. en nuestros países se hace necesario, no solo por la diversidad de experiencia, sino que no se puede pensar la realidad y específicamente la ciudad de hoy sin referirse a la acción colectiva, que día a día emergen en nuestras ciudades frente a la crisis que vive el continente.

Bibliografía

- AGUILERA, O.: *Movimientos Sociales Urbanos. Una problematización de su definición y una proposición acerca de sus alcances teóricos para Venezuela*. Trabajo de Ascenso. Fac. Humanidades. U.L.A., Mérida. 1984.
- BARRIOS, N.: *El movimiento vecinal: un movimiento social de nuevo tipo*. Centro de Estudios Políticos-Administrativos. L.U.Z., Mimeo. Maracaibo. 1987.
- BOLIVAR, T.: *Barrios de Rancho y Reproducción de la Fuerza de trabajo en Venezuela*. Mimeo. Septiembre. Caracas. 1979.
- BORJA, J.: *Movimientos Sociales Urbanos*. SIAP. Buenos Aires. 1975.
- CALDERON, F. (compilador): *Los Movimientos Sociales ante la Crisis*. CLACSO-ONU. Buenos Aires. 1985.
- CALDERON, F. y JELIN, E.: *Clases Sociales y Movimientos Sociales en América Latina. Perspectivas y Realidades*. en Proposiciones No. 14. Ediciones SUR, pp. 169-187. Santiago de Chile.
- CASTELLS, M.: *Chile: movimiento de pobladores y lucha de clases*. CIDU. Documento de trabajo No. 56. Santiago de Chile. 1972.
- CASTELLS, M.: *Movimientos Sociales Urbanos*. Siglo XXI. México. 1974.
- CASTELLS, M.: *The city and the grass-roots*. Aznold. London. 1983.
- CORAGGI, J. Luis: Pautas para una discusión sobre el futuro de la investigación urbana en América Latina. en *Sociologica*. Año 7. No. 8. Enero-Abril. pp. 141-158. México. 1992.
- DE LA CRUZ, Rafael: *Encuentros y Desencuentros con la Democracia*. Los Nuevos Movimientos Sociales. Nueva Sociedad. No. 77. Mayo-Junio, 1985.

- DUBET, F. y TIRONI, E.: *Pobladores, Luites Sociales et Democratic an Chili*. De LiHamathan. París. 1989.
- FADDA, G.: *Movimientos Sociales Urbanos. Teorizacioens en el caso Venezolano*. Mimeo. CENDES. U.C.V. Caracas. 1982.
- GOMEZ, Luis (compilador): *Crisis y Movimientos Sociales en Venezuela*. Fondo editorial Tropukos. Caracas. 1987.
- GOMEZ, Luis: *Les Organisations Civiles Autonommes et la Démocratisation du systéme Politique an Venezuela*. Etude Préliminaire. Memoria de D.E.A. Ecole des Hautes Etudes. París. 1991.
- HENRY, E. y SACHS, C.: *Envhair, Consiller et Gouvemes: vinght ans de recherche urbaine Latino-américaine*. Ministerio del Equipamiento, vivienda, transporte y espacio. París. 1991.
- HENRY, E.: *Urbanisation dépendante et mouvements sociaux urbains. Analyse comparative des expériences de Lima et Santiago - du Chili*. París V. 1974. (Véase EHESS, 4 vol.).
- HERNANDEZ DE P., María: *Luites Urbaines et appropriation de liespace urbain dans la viele de Mérida an Venezuela*. Memoria de D.E.A. I.E.DES. París Y. París. 1989.
- JACOBI, P.: *Movimientos Sociais Urbano no Brasil. ReflexÁo sobre la literatura nos anos 70 e 80*, en *Seminario de investigación Urbana en América Latina*. Caminos recorridos y por recorrer. Quito. 1987.
- JELIN, Elizabeth: *Otros silencios, otras veces: el tiempo de la democratización en Argentina*, en *Los Movimienos Sociales Ante la Crisis*. CLACSO. Buenos Aires. 1985.
- KOWARICK, L.: *Investigación Urbana y Sociedad: comentarios sobe nuestra América en Sociológica*. Año 7. No. 18. Enero-Abril. pp. 11028. México. 1992.
- KOWARICK, L.: *Investigación Urbana y Sociedad: comentarios sobe nuestra América en Sociológica*. Año 7. No. 18. Enero-Abril. pp. 11028. México. 1992.
- KRISCHKE, Paulo: *Movimientos sociais e DemocratizÁo no Brasil: necessidades radicaus e aAao comunicativa*. *Seminario iescenarios políticos de la Transición a la Democracia*. Mimeo. CLACSO. Asuncio. Julio, 1989.
- LANDER, L.: *La tierra y la vivienda en la política del Estado venezolano desde 1974 en Revista Interamericana de Planificación*. Vol. XII. No. 46. Junio. México, 1978.
- LOJKINE, Jean: *El Marxismo, el Estado y la Cuestión Urbana*. Siglo XXI. México, 1979.

- LORERA, Alberto: *La investigación Urbana en Venezuela. Una nueva mirada a su camino*. Ponencia presentada en el coloquio La Investigación Urbana en América Latina. Caminos recorridos y por recorrer. Quito. 1987.
- MACHADO DA SILVA y ZICCARDI, A.: *Notas para una discusión de los Movimientos Urbanos en Cuadernos y Sociedad*. Quito. 1982.
- MAINWARING, S.: *Urban Popular Movements, identity and Democratization n Brazil*. *Comparative Political Studies*. (20), 2, July. pp. 131-159.
- MELLUCCI, A.: *Mouvements Sociaux, Mouvements pos-politiques*. en Revista Internationale d'Action communautaire. pp. 10-30. Canadá, 1983.
- MORENO, Oscar (compilador): *Contradicciones, Conflictos y Movimientos Sociales en la problemática Urbana*. CENDES. Caracas. 1987.
- PULIDO, J.: *Les luttes urbaines á Caracas. Le cas de la Pastora*. Thése. I.H.E.A.L. Paris III, 1987.
- SANCHEZ, Magaly: *Estructura Urbana y Segregación espacial. Las condiciones de vida en los barrios de Caracas*. Mimeo. Caracas, Abril. 1982.
- SANCHEZ, Magaly: *Hacia una Estrategia cultural de los movimientos Sociales Urbanos en Ambiente Estado y Sociedad*. U.S.B. CENDES. Caracas. 1991.
- TILMAN, E.: *Identidad, la faz oculta de los movimientos sociales*, en Punto de Vista. No. 25. Diciembre. Buenos Aires. 1985.
- TOURINE, A.: *La Parole et le Sang*. Ediciones Odile. Jacdo. Paris. 1988.
- URIBE, G. y LAUDER, E.: *Acción Social, Efectividad Simbólica y Nuevo Ambito de lo Político en Venezuela en Ambiente Estado y Sociedad*. U.S.B. CENDES. Caracas. 1991.

FERMENTUM ÍNDICE ACUMULADO NÚMERO UNO

I.— Tema Central. 1.— Varias ciudades en una. *O. Aguilera*. 2.— Los Resguardos de Indios en la Provincia de Mérida (Siglo XVII). *N. Velázquez*. 3.— Los pueblos de doctrina y las Encomiendas en el poblamiento de Mérida (Siglos XVII-XVIII-XIX). *A. Moreno*. 4.— Las formas que asume la producción informal de viviendas en Mérida. *R. Andrade, Y. Arago y J. Díaz*. 5.— Mérida: Tres años de conflictividad social (1986-1988). *C. T. García y O. Jiménez*.

II. Apoyo a la Docencia: — Contexto histórico en el que surge la sociología como ciencia. *Oscar Aguilera, C. T. García y L. Pargas*.

III. Reseñas: Reseña de eventos realizados. Investigaciones en curso.